

Harnecker y con la colaboración de Gabriela Uribe, ambas militantes del Partido Socialista.

Según la declaración de su autora, la misma que nos ofreció hace algunos años **Los conceptos elementales del materialismo histórico** (2), que fue devorado por mucho rojete ibérico, los **Cuadernos de Educación Popular** son un esfuerzo pedagógico para elevar el nivel de conciencia de los trabajadores y capacitarlos para enfrentar las nuevas tareas. Es, por tanto, un instrumento para que se eduquen y eleven su nivel de conciencia haciendo

(2) Siglo XXI una treintena de ediciones en América y España.

suya la intención de Marx de que la filosofía —y esto puede ser aplicado a otras concepciones teóricas— no es interpretar el mundo, sino transformarlo.

No cabe duda de que los **Cuadernos de Educación Popular** son un acierto de acuerdo con esas pretensiones, y por eso han sido reeditados en numerosos países, incluso en España. Ediciones La Torre hizo el año pasado una edición anterior a la actual de Akal que originó una polémica con Harnecker. Lo que ya puede ser más discutible es si aceptamos o no sus concepciones y conclusiones. Pero eso ya es cuestión de puntos de vista. Más criticable es

el que contra lo que se manifiesta ser una edición "universitaria", se usan ejemplos y hasta terminología chilena —la parte dedicada a la estructura social es puramente chilena— que suponen un leve grado de alejamiento en el fin de dirigirlo a trabajadores de otras realidades. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

¿Nuclear? No, gracias

EL 8 de diciembre de 1953, Eisenhower declaraba en la ONU: "Los Estados Unidos están convencidos de que la utilización

de la energía nuclear no es algo que haya que dejarse para el futuro. Los presupuestos científicos probados existen aquí y ahora. ¿Quién puede dudar de que ese potencial intelectual podría inmediatamente ponerse al servicio del mundo entero si los físicos e ingenieros dispusieran de una cantidad suficiente de materias fisionables para experimentar y desarrollar sus ideas? Para hacer que llegue pronto ese día, en que los pueblos y los gobiernos del Este y del Oeste comenzarán a olvidar su miedo al átomo, son necesarias determinadas medidas, y es posible tomarlas ya desde ahora". Y así, entre razonables palabras y tácticos gestos, se ponía en marcha la "proliferación" de la energía atómica. Una dinámica, en definitiva, inseparable de la lógica interna del modelo económico industrial desarrollista, condenado a canibalizarse por el agotamiento de las fuentes de energía natural. Pero no importa. Los "átomos para la paz", afirman con alegría los estados mayores de la administración y la industria, nos resolverán este latoso problema. Para el año 2000, nos aseguran sosegada y dulcemente esos estados mayores, la implantación de sobregeneradores independizará al mundo de las fuentes energéticas naturales. Estupendo. Estupendo, claro, si los átomos para la paz fueran sustancialmente distintos a los átomos para la guerra. Pero, ay, no parece que así sea. Y para el año 2000, también para el año 2000, habrá en el mundo suficiente material explosionable para 1,1 millón de bombas. 1,1 millón de bombas de diferentes calibres, que podrán repartirse gozosamente por toda la superficie de la Tierra. En la hipótesis, por supuesto, de que no hayamos volado todos antes. O, en el mejor de los casos, de que los residuos de las centrales que van a solucionar nuestros problemas no hayan convertido ya al planeta en un desierto más ancho y ajeno que nunca.

Tal es la posibilidad que la civilización nuclear nos brinda. Hacer tomar conciencia de semejante realidad, extender y profundizar esa toma de conciencia, es el objetivo último del libro del físico austriaco Robert Jungk. Por eso, **El Estado nuclear** (1) no

ADIÓS A LAS LETRAS

Adiós y hola

LO logró. Ricardo de la Cierva lo logró. Yo siempre me lo imaginé ahí y no anunciando fascículos. La misma noche en que se anunció su nombramiento, él apareció en televisión haciendo publicidad de su historia. Televisión va a ser una de sus responsabilidades.

¿Cuántas veces no se habrá recordado a lo largo de la última semana aquel famoso artículo de Ricardo de la Cierva titulado *Qué error, qué inmenso error*, referido al nombramiento de Adolfo Suárez como sucesor de Arias Navarro en la jefatura del Gobierno! Adolfo Suárez es como un prestidigitador circular, que hace que la gente gire tanto sobre sí misma hasta que termina mereciendo los mismos calificativos que él. El error del nombramiento de Suárez es ahora equiparable al error cometido por éste con Ricardo de la Cierva. Veremos si este último comete errores tan brillantes como su actual presidente de Gabinete.

Siempre me lo imaginé de ministro de Cultura, porque la suya es casta de ministros e inventores. Uno tiene de la gente la imagen que la gente misma se fabrica. Siempre quiso ser ministro de la cosa, de modo que uno lo adivinó ahí, aunque no tan flaco. Tiene más suerte que Clavero, eso está claro. Su antecesor no adelgazaba ni practicando el tenis. Ricardo de la Cierva adelgaza con cualquier cosa, hasta con el nuevo régimen que él mismo se ha prescrito. A algunos políticos les sienta bien cualquier régimen, y Ricardo de la Cierva es obviamente uno de ellos; no tiene dificultades para adaptar su metabolismo a las necesidades de su carrera vital.

Ha hecho todo lo posible para no adelgazar, sin embargo, y ahora no va a tener dificultades para cumplir ese deseo subliminal. En la cultura española se come mucho, por eso se produce poco. Podría ser como un ministro del siglo XIX. A mí también me da la impresión de que este ilustre biógrafo de Franco podría ser un activísimo ejecutivo de su área, como un ministro de Obras Públicas del antiguo régimen o como un titular de Fo-

mento de aquel siglo de las luces y las colonias. Y para ser cualquiera de esas dos cosas tendrá que ganar algunos de los kilos perdidos.

Este no es un país afortunado. Cambian los ministros de Cultura a pesar de cómo lo hayan hecho en el trabajo. En el caso de Clavero Arévalo, fue fulminado —se fulminó a sí mismo; los andaluces aprendieron de los drabes la capacidad de suicidio por una causa— por lo que quiso que fuera la política de las autonomías. A lo mejor un día echan a Ricardo de la Cierva por lo que haga en los fascículos. Da igual cómo se trate al patrimonio, a Picasso, al cine o al teatro. Lo que importa es lo que puedan hacer los ministros de Cultura en el campo de las relaciones con sus jefes. Y en este campo, a pesar de su inicial error, Ricardo de la Cierva debe saber mucho más que quien le dio el relevo. ■ SILVESTRE CODAC.



Ricardo de la Cierva.

(1) Robert Jungk. Editorial Ariel.